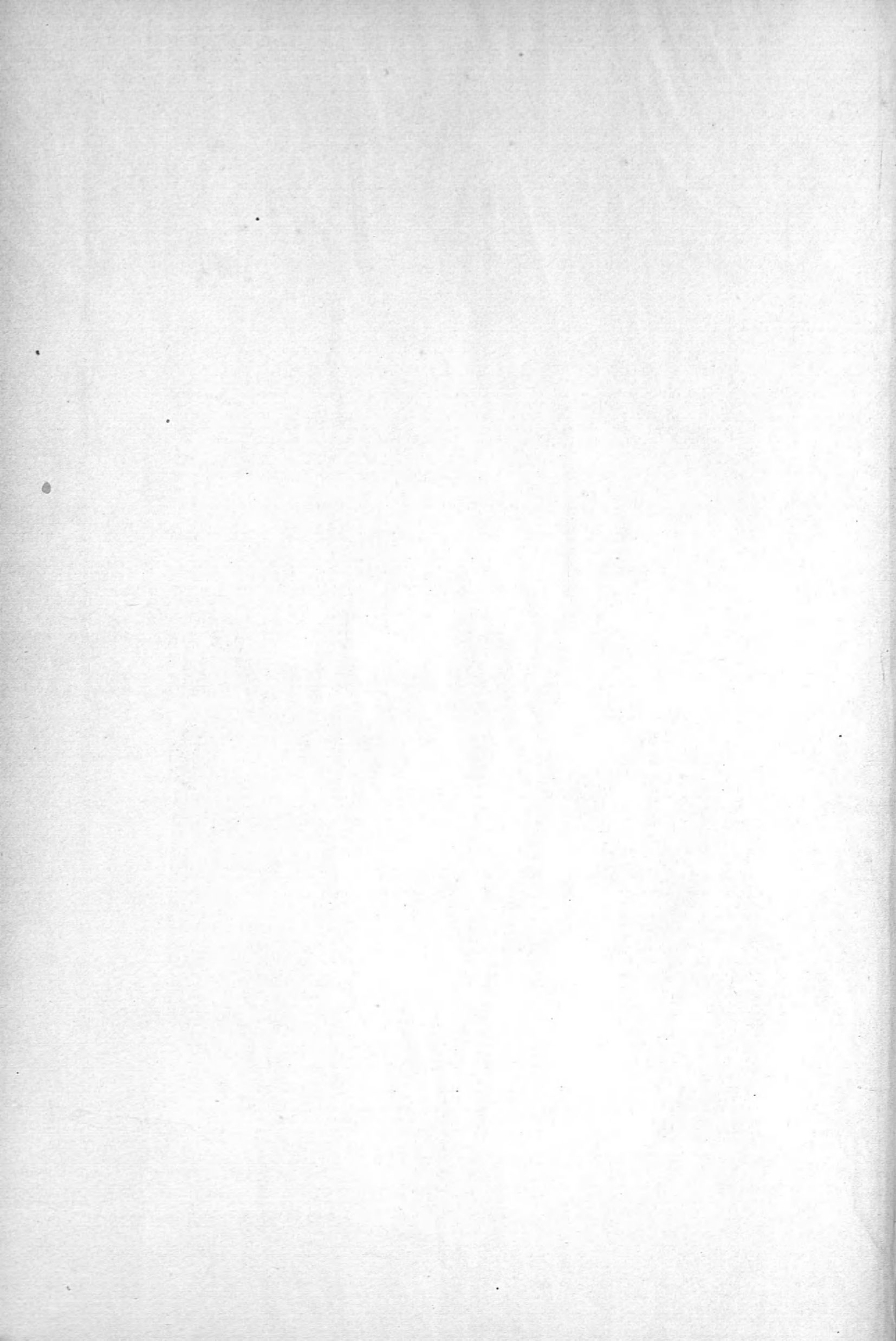


U. P. LIBRARY
ADDRESS: 7 MUSEUM
ALBANY, N. Y.
TEL: 486-1111





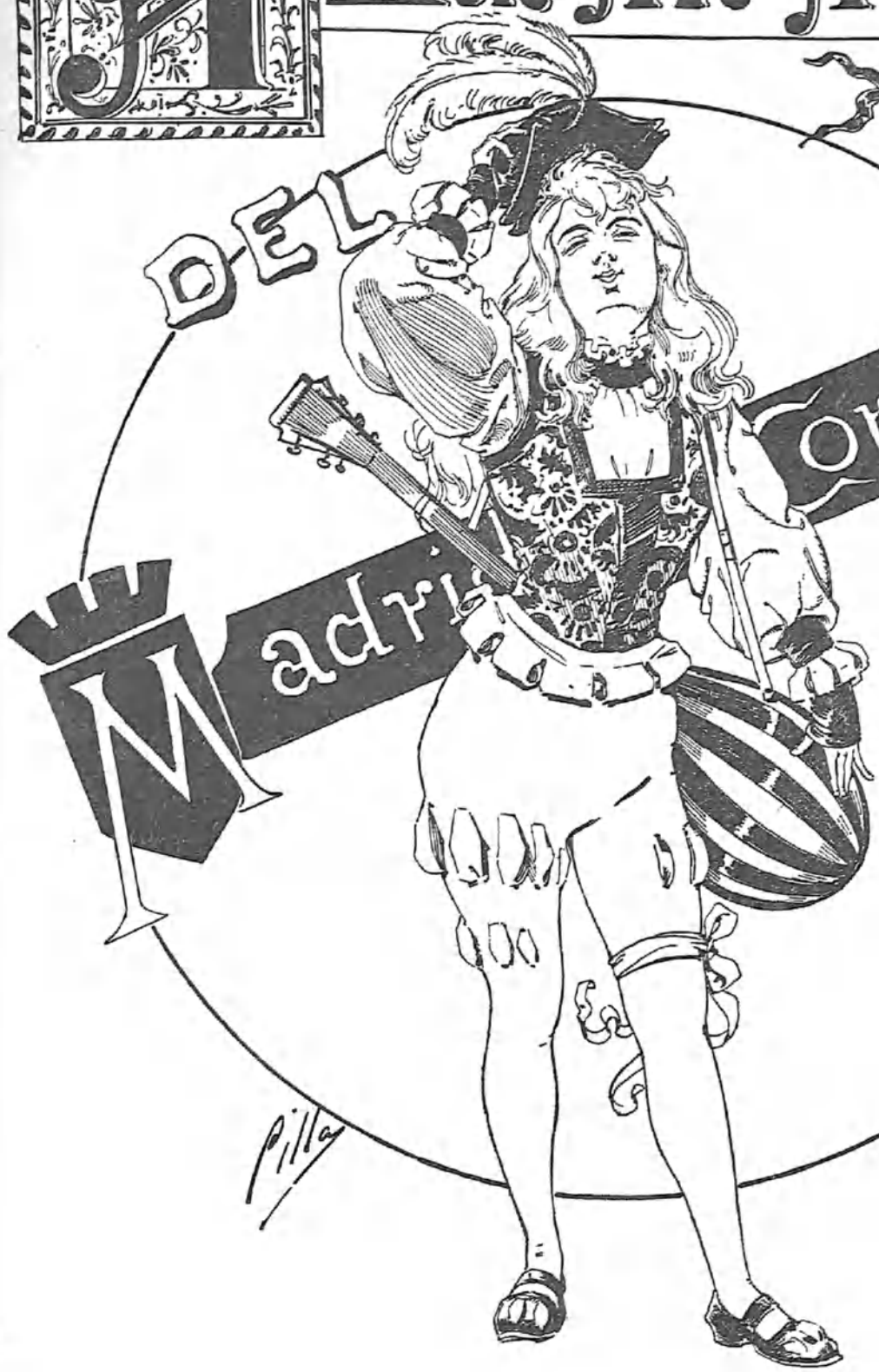
A

LA MARAQUE

DEL

Madrid

Comico



P

ARA

Preço: 15 céntis.

1897

El orden de factores...

Juicio del año.

Los indicios son de luchas, pestes, guerras, fieros males; caldeada está la atmósfera, la gente hirviendo en coraje; se habla sólo de cañones, pólvora, balas y Mátuser; se piensa en vengar ofensas se sueña en ir al ataque, y el año noventa y siete parece, por las señales, que ha de marcar su existencia con arroyuelos de sangre. Pero ¡ay! le preside Venus, la diosa voluble y frágil, la que siempre en flor marchita todas las empresas grandes, la que enerva con perfumes y entre los brazos deshace con mentirosos halagos la energía y los arranques. Y los que indignados piden reparación del ultraje sufrido por la sagrada bandera de nuestros padres, desconfían, de lograrlo, desconfían porque saben que con semejante jefe no se va á ninguna parte. Ya ha inaugurado Mercurio negociaciones infames, de los mercaderes de honras favoreciendo los planes; ya no brillan las espadas cuibreado en el aire y las telarañas cubren los cartuchos en los parques; y, en cambio, la tercera conduce con malas artes los perfumados billetes, los amorosos mensajes... ¡Mal negocio, cuando en medio del fragor de los combates los oficios de las dueñas sustituyen al del sable, y en vez de combinaciones de retirada ó avance se discuten fecha y precio para el arreglo humillante! ¡No! Venus no nos conviene, porque al fin es hembra fácil abonada á componendas, traiciones, líos y enjuagues. Puesto que sabemos todos que la situación es grave, sería muy conveniente que el gran Júpiter tonante nos concediera el milagro de alterar el almanaque, y que este año, en vez de Venus, venga á presidirnos Marte.

Sinesio Delgado.



—Diga usted, buen hombre, ¿se tarda mucho en subir la cuesta?
—Poco; tié cuatro kilómetros na más.
—¿Quiere usted hacerme el favor de llevarme la bicicleta en el burro?
—¡Anda Dios! ¿No ícen ustés que eso es mejor que esto? ¡Pos súbame usté el burro en la bicicleta!

Modesta.

En la tertulia se habló aquella noche de mujeres. Cada uno de los presentes refirió alguna de sus aventuras, mientras yo, fumando en un rincón, trataba de adivinar ó colegir cuáles de aquellos relatos eran verdaderos y cuáles falsos ó simplemente exagerados, pues pocas cosas me distraen tanto como ese género de narraciones, no por gustillo pecaminoso ni *delectación morosa*, que dicen los teólogos, sino porque me parece que el mejor modo, y acaso el más rápido, para conocer á los hombres es oírles hablar de faldas: raros, muy raros, son los que entonces no despliegan sus buenas ó malas condiciones: pronto se aprecia quiénes son los buenos, leales, tiernos, modestos y varaces; y allí se delatan, sin querer, los malos, falsos, duros, vanidosos y embusteros.

De uno de estos acabábamos de oír el relato de tres ó cuatro conquistas en que las víctimas habían sido criadas de servir, cuando otro de los presentes, dirigiéndose á D. Claudio, le dijo:

—Y usted ¿no ha tenido nunca afición á las últimas capas sociales?

D. Claudio, hombre de cincuenta y más años, buena figura y despejado ingenio, habló de este modo:

—Nunca me han gustado las criadas sino para que sirvan: en primer lugar, suelen ser zafias, bastas, no muy limpias; y además, quien se dedica á ese ramo corre dos graves riesgos; porque si son jovencitas puede contraer graves responsabilidades, hasta cometer verdaderas infamias, y si no lo son, el exceso de experiencia les hace peligrosas. Sin embargo de pensar así... una vez...

—¡Que lo cuentel! ¡que lo cuentel! —dijeron tres ó cuatro voces.

—Les advierto á ustedes que no es ningún caso maravilloso. Pasé un rato negro, espantoso, y quedé desacreditado á los ojos de una persona que hasta entonces tuvo buena idea de mí, suponiéndome, sobre todo, muchacho de intachable conducta.

Tenia yo veintidós años; mi padre, hombre bueno á carta cabal, había incurrido en el error de casarse en segundas nupcias con la que era, naturalmente, mi madrastra; tenía él pocos menos de sesenta años, y ella, D.^a Potenciana, pocos más de cuarenta: en su juventud, que yo no alcancé, debió de ser muy bella; era de buenos sentimientos, virtuosa; pero á veces se hacía inaguantable por un defecto, manía, ó como ustedes quieran llamarlo, que me sacaba de mis castillas. En punto á lo que ella llamaba indistintamente moralidad, buenas costumbres, honestidad, decoro y vergüenza, era intolerantísima. No mediando entre dos individuos de diferente sexo legítimo matrimonio, una frase picaresca, un furtivo apretón de manos, una mirada expresiva, le parecían no sólo ofensas á la moral, sino verdaderas indecencias. El hombre ó la

mujer de quienes supiese que, sin estar casados, se mostraban ó demostraban con hechos la vehemencia de su amor, le parecían la última encarnación de lo despreciable. Su pudicia era tan extremada, que arrancó del *Año Cristiano* las estampas de la Magdalena y Santa María Egipcíaca, porque enseñaban desnudas algunas partes de su cuerpo, y á una Venus de Milo en yeso que tenía yo en mi cuarto le hizo una esclavina de estambre.

Claro está que, no teniendo D.^a Potenciana mayores defectos, procuraba yo transigir con éste, siendo en casa un poquillo hipócrita, no por adularla, sino por vivir en paz, y principalmente por aborraz disgustos á mi padre, hacia quien tuve idolatría. Este era con ciertos pecadillos mucho menos severo; pero, dominado por su esposa, ponía empeño en aparecer riguroso contra toda ofensa al padre.

Ya he dicho que yo tenía veintidós años. Como pueden ustedes figurarse, mi madrastra no recibía criada bonita aunque se prestase á servir de balde; pero lo que está de Dios á la mano se viene. Durante una grave enfermedad de mi padre, D.^a Potenciana ofreció á San Antonio un paño bordado para su altar. Se curó mi padre, afortunadamente, y D.^a Potenciana comenzó á bordar el paño, valiéndose de un dibujo tan complicado y difícil que aquello no se acababa nunca.

En esto se marchó, por respondera, la doncella que teníamos; y ya habían venido á vistas seis ó siete, todas espantables, porque si no ni de la portería pasaban, cuando una prima de mi madrastra le recomendó una chica que, según decía, era una alhaja. «¿Es guapa?», preguntó D.^a Potenciana pensando, indudablemente, en mí y acaso en mi padre. Le prima repuso: «Vulgar, pequeñuela, flacucha, graciosa y nada más: ni carne ni pescado. Y te conviene, afadío, á lo menos por ahora, porque borda admirablemente y te podrá ayudar en eso del paño».

Fuese que mi madrastra se sintiera dominada por el deseo de quedar bien con San Antonio, ó acaso que, como con frecuencia acontece á las mujeres, juzgase equivocadamente los encantos ajenos, entró en casa Modesta; y creedme ¡oh amigos! la que D.^a Potenciana y su prima habían calificado despreciosivamente de vulgar, pequeñuela y flacucha era una monada. Pequeña, pero admirablemente dibujada; delgada, pero sin angulosidades, depresiones ni baches; y no graciosa, sino graciosísima y de fisonomía tan animada, móvil y obediente á la expresión de lo que sentía ó quería hacer experimentar, que en presencia de D.^a Potenciana parecía soez, pavisima, casi estúpida; cuando estaba sola encantaba por su dulce y apacible seriedad, y cuando se encontraba conmigo en un pasillo, sin testigos... entonces era una delicia, porque sin mirada ni movimiento indecoroso, sólo con bajar la vista, dejando caer los párpados lentamente, y pasarse la mano por la cabecita alisándose el pelo, que tenía brillante y negrísimo, causaba una impresión extraña y turbadora, pero dulce y suave, como la tentación de un pecadillo muy leve que anunciase un placer muy grande. Además, era limpia hasta la exageración, si en esto cabe, y elegante en lo que podía, es decir, no en las ropas, sino en el modo de ponerse y llevarlas, en el aire y en la instintiva delicadeza de sus movimientos y ademanes.

De estas gracias y de aquellos encuentros en los pasillos, del estar siempre cerca, no siendo ella arisca ni yo insensible, nació entre ambos cierta mutua inclinación que hubiera sido tan difícil sofocar como fué fácil satisfacer. ¿Habéis visto que la fruta dura mucho pendiente del árbol cuando, en sazón y por su propio peso, vance y dobla la rama, brindándose á ser saboreada? Mas creedme... no fué vulgar apetito el que despertó en mí: por su humildad, por su ternura, cobré tal afecto á Modesta, que me empeñé...

en enseñarle á leer. Os juro que hicimos gran maestro y admirable discípulo. Yo fui el primero que le enseñó los nombres y empleo de las letras, la formación de las sílabas, el sentido de las cláusulas; pero de allí á poco, ¡qué bien analizaba y conjugaba y qué dulcísima entonación daba á cuanto leía! ¡No os tolero que sonrías maliciosamente! En ella fué deseo instintivo de aprender; en mí, vocación espontánea de enseñar. Llegó á leer mejor que yo. Durante mucho tiempo nadie supo nada en la casa. Y antes que se me olvide, para que se comprenda bien lo que sigue, os diré que la casa en que vivíamos estaba situada allí, en la carrera de San Francisco; era un caserón antiguo, de cuartos grandes y pasillos largos; la sala, el despacho de mi padre, el gabinete de mi madrastra y el dormitorio de ambos, en fin, las habitaciones principales daban á la fachada; el comedor, mi cuarto, el de la plancha, los de la servidumbre y la cocina estaban al otro lado de un ancho patio, á más que regular distancia; para ir á ellos había que andar una galería de cristales compuesta por dos corredores que formaban ángulo. En una palabra, antes que D.^a Potenciana llegase á mi cuarto podía yo verla, ó, viendo el resplandor de la luz que traíese, tenía tiempo de quedarme solo, suponiendo que estuviese acompañado.

Todas las noches, en seguida de comer mi padre, que odiaba las reuniones y el teatro, se iba al entresuelo de un café donde, entre billar y tresillo, permanecía hasta las doce, en que volvía á casa; se acostaba, y en la cama leía los periódicos. Mi madrastra, que, por el contrario, se despepitaba por la sociedad y gozaba ó creía gozar con la música, solía ir á las casas de algunas amigas. Cuando esto ocurría, Modesta ó el criado iban á buscarla y se retiraba temprano; pero lo que más le gustaba era ir al Real, á delanteras de paraíso por no vestirse, ó á palcos por asientos. Y, asombrado, quien la llevaba era yo: primero, por ahorrar á mi padre la contrariedad de acompañarla á sitios donde se le llevaban los demonios, y segundo, porque, volviendo yo á casa con D.^a Potenciana y viendo ésta que inmediatamente me recogía á mi cuarto y apagaba la luz, quedaba alejada de su magia toda sospecha peligrosa para nuestro reposo, pues me suponía gozando del más deseado sueño, cuando no estaba sino desvelado por la más deliciosa impaciencia. Finalmente, Modesta, para no meter luego ruido andando por los pasillos, nos esperaba hasta que volvíamos de la ópera, ya entretenida en el comedor haciendo labor, ya dormitando en un sofá que había en el recibimiento, frente á la puerta de entrada. Y esto de hallarla en pie cuando era muy tarde disgre-

El empréstito nacional.

(POR PELLICER)



—Por la inseguridad de la patria y por las instituciones, deberíamos suscribirnos... Además, se la hemos prometida á Cánovas!

taba extraordinariamente á D.^a Potenciana, porque como hay muchas óperas en cuatro y más actos, acontecía con frecuencia que entrábamos en casa de madrugada, con lo cual se originaban dos desórdenes: uno, que se gustaba demasiado petróleo, y otro, que con aquel trasnocharse Modesta quedaba muy fatigada (no lo sabía bien mi madrastra), y, levantándose tarde, quedaban al otro día atrasados todos los quehaceres de la casa. Cien veces le había dicho: «Muchacha, no quiero que nos esperes; lo que ahora duermes de menos lo duermes de más por las mañanas; luego resulta que á lo mejor no está el gabinete barrido ni puestos los braseros. Ya lo sabes: la noche que no estemos aquí á las once, me dejas en el tocador las zapatillas y la bata... y á la cama».

A pesar de lo cual, con prudente tenacidad, y para cerciorarse de que mi madrastra se había acostado, Modesta continuaba esperándonos siempre que íbamos al teatro; y ya se sabía: á ópera larga reprimenda segura, y á cada infracción de lo ordenado voces más fuertes y frases más duras.

Estos regaños llegaron á ser demasiado ásperos y violentos. «¿Por qué no obedeces? le decía yo. ¿Qué trabajo te cuesta? Y ella respondía: «No estoy tranquila mientras no la oigo roncar».

Así continuamos durante algunos meses: nosotros volviendo tarde; Modesta esperándonos, á pesar de las regañinas.

Como D.^a Potenciana se encolerizaba, creyéndose harta de razón, y además tenía muy mal genio, las palabras se le salían de la boca casi sin que se diera cuenta de ello, decía las cosas más ofensivas; pero Modesta, que todo lo daba por bien empleado con tal de dar después tranquila la lección, la escuchaba con admirable resignación, respondiendo: «No se enfada la señora, que luego me acostaré». Sin embargo, más de una vez creí observar en los ojos de la pobre muchacha una llamarada de ira ó una lagrimilla de pena, arrancadas por los durísimos improperios de mi madrastra. «Si no fuera por tí, me decía luego en mi cuarto, en seguida aguantaba yo á esta fiera.» Yo procuraba calmarla; mas harto comprendía que, cuando menos lo pensara, iba á suceder allí algo muy gordo. ¡Y sucedió!

Una noche, me acuerdo perfectamente, cantaron *La africana*; volvimos á la una dada. Modesta estaba cosiendo en el comedor; la lámpara de petróleo parecía un sol; aquel derroche de lumínico

debía de costar un dineral; mi madrastra se enfadó más que nunca; pero de pronto, haciendo un violento esfuerzo por dominarse, dijo con entonación solemne: «Modesta! Aquí no manda nadie más que yo, ni hay más voluntad que la mía. En adelante, la noche que yo salga hace usted lo que tengo mandado. ¡Que no vuelva esto á suceder! Y temblando de coraje, lanzando miradas de pantera biliosa, se entró lentamente hacia sus habitaciones.

A los cuatro días de aquella escena vino el beneficio de un tenor que entusiasmaba á D.^a Potenciana. ¿Cómo habíamos de faltar? Cantaron *El profeta*: cinco actos con repeticiones y ovaciones; al salir era la una y veinte. Habíamos comido á las seis. Mi madrastra se sentía débil; yo, temeroso de lo que podría ocurrir al volver á casa, y para tenerla previamente amansada con alguna extraordinaria fineza, le convidé á tomar chocolate en Pombó; lo pidió

LUIA CAMPOS

En la zarzuela *El Payaso*.

LUIA CAMPOS

En la zarzuela *El Monaguillo*.

con picatostes, que tardan mucho en freirse... Estaba volado. Al llegar á la calle en que vivíamos ¡casualidad de las casualidades! nos encontramos á mi padre: en el billar le había dado un accidente á un amigo, y tuvo que acompañarle á su casa, y luego ir á buscar un médico. Cuando entrábamos en el portal eran las dos y veintisiete minutos. Subimos los tres juntos la escalera: delante mi madrastra, detrás mi padre y yo. Al ver una línea de luz que resplandecía por bajo de la puerta, se me puso carne de gallina. Metí el llavín en la cerradura. Modesta estaba de pie, con la palmtoria en la mano... Semejaba una de las vírgenes prudentes de que habla la Escritura, las cuales no dejaban apagar su lámpara esperando al amado... Sólo le faltó la prudencia... En aquel momento el reloj del comedor dió las dos y media. Papá dijo: «¡Qué horas, Dios mío, qué horas!» D.^a Potenciana se descompuso. Fuera de sí, frenética, alzó los brazos como invocando á los dioses infernales, y poniendo los furiosos ojos en la desventurada doncella, mientras yo, muerto de pavor, apartaba cobardemente el rostro, prorrumpió en violentas y desatinadas frases: «¡Hemos concluido! ¡De mí no se burla nadie! ¡Qué repoquisima vergüenza!» Mi padre y yo mudos, aterrados. La muchacha dijo: «Señora... no se ponga así la señora... que no es para tantos. D.^a Potenciana, que había ya perdido los estribos, gritó enfurecida: «¡Deslenguadál... ¡pingo!... ¡pendón!»

Entonces la mansísima Modesta se irguió como una reina ultrajada, y extendiendo, la mano al modo trágico, con palmtoria y todo, hacia D.^a Potenciana, exclamó amargamente, mirándome con profundo desprecio:

—¡Qué hombre! ¡Tú oyes esto, y callas!

Facinto Octavio Picón.

CAMA... FEO

Ustedes ya saben que Gómez Estuche es un badulaque bípodo... no implume, pues tiene una pluma que bulle, que bulle, que corre, que vuela, que baja, que sube; de la alcantarilla se eleva á las nubes; habla del estiércol en la *Sección útil* y después del Dante de Hegel y Silume. Sabe cuatro lenguas, de las que traduce noticias y datos de cuanto descubre el humano ingenio, y llena volúmenes con las maravillas que después presume que se deben todas á su gran chirumen. Él nada digiere, mas todo lo engulle; profana las artes, las ciencias desluzca; y poco le importa, con tal que deslumbré á los muchos necios que á esta fuente acuden, y toman por Séneca á Gómez Estuche.

Al vulgo atolondra, marea y aturde con términos técnicos, disciplinas múltiples, que trueca, baraja, revuelvo, confunde. Él es ambicioso y anhela la cumbre, y bebe los vientos por bombos, por cruces,

ascensos, medallas, premios de virtudes, por ser de una mesa, por diploma inútil, *rosas naturales* de certamen cursi. Es hijo adoptivo de un pueblo de atunes que tienen por algo al bueno de Estuche.

Piensa ser ministro, así Dios le ayude, y sople la suerte, y apretando el numen de correveidile, de *correveisube*.

Ya fué practicante, librero, traspunte, pintor, catedrático, inventor de un lustre, insurrecto, obispo protestante, aráspice para un almanaque, diputado *in turpis*, dueño de marismas que dejó insalubres, cartero honorario, sobrecargo en buque, y no fué nodriza por no tener ubres.

Pues este demontre de Gómez Estuche, que corre, que vuela, que baja, que sube, que de todo entiende y á quien todo incumbe, que de todo sabe, que de todo engulle, es, después de todo, todo un hombre inútil.

Clarín.

★
Bisutería.

Hay muchos que adivinan que se quieren. pasan... se miran... en silencio se aman, y de tontos se mueren sin llegar ni á saber cómo se llaman.

Lucía fué con el Chato á comerse un pato un día. Él dijo:—¡Yo pago el pato! Y ¡ay! lo pagó la Lucía.

Desde que estuvo en Fraga la Venancia, no es ilusión, ¡despide una fragancia!...

Más se goza creyendo majaderías que dudando de todo todos los días.

Me ha dicho en confianza la Nemesia que donde peca más es en la iglesia.

Siempre tiene el amor para los viejos algo del sol, que quema desde lejos.

Le he dicho ayer á la Blasa que tenga esta precaución: si está su marido en casa, que esté el botijo al balcón.

En toda sepultura que se cierra siempre cae un secreto bajo tierra.

Si fuera el sueño pecado cuando se sueñan placeres, ya se habrían condenado por todo lo que han soñado casi todas las mujeres.

Quién sabe si es que ríe ó que suspira el torno de la Inclusa, cuando gira.

Cuando yo me esté muriendo no me cambies, si me quieres, ni de médicos ni de aires: que me cambien de mujeres.

En la luna de miel, si no hay fortuna, ya aparecen los cuernos de la luna.

Siempre que se confiesa la Isidora tarda, lo natural... su cuarto de hora.

Mientras éramos novios, ¡qué alegría! no eras mía, y soñaba que eras mía. Después has sido mía, y he dormido sin soñar que eras mía, aunque lo has sido. Por eso has sido mía, sin saberlo, más veces antes que después de serlo.

Hay que ser consecuente y variar de mujer continuamente.

Siempre que escribo versos á las mujeres, y al aire, entre líneas, y al aire, pongo: ¿me quieres? Después, entre la firma deslizo un beso, y si ellas notan algo, se lo confieso.

Si pudieran limpiarse los corazones, ¡cuánto polvo saldría de los rincones!

Constantino Gil.

★
PLANCHAS



—Piso tercero izquierda; me ha dicho que vive sola. Yo me lanzo detrás, ¡qué demonio!



—¿Qué deseaba usted, caballero?



La paz armada, por M. Alonso.

La más negra.

Con aquella expedición se marchó á Cuba Vicente, que era segundo teniente de no sé que batallón y á despedirle, llorosa, bajó á la estación del Norte su prometida consorte, su Rosa, que era una rosa. Lo quiso así la fortuna, que dió al chico en el sorteo una bola negra; creo que más negra que ninguna. «Esa es la más negra», dijo Rosa, y ella lo sabría; pero Vicente lo oía con íntimo regocijo, que sintió el buen militar

arder su sangre española, y exclamó: «Ruede la bola, y vámonos á Ultramar». Y, nada, que partió el tren tras la última despedida, y quedó Rosa afligida y llorando en el andén.

.....
Al principio fué la cosa á medida del deseo, pues no dejaba un correo sin su cartita amorosa. Mas, perezoso después ú ocupado en la campaña, no se acordaba de España más que allá, de mes á mes. Después, ni eso, porque al año

cesó la correspondencia... ¡Y no es tan triste la ausencia como lo es el desengaño! ¡Pobre niña! Bien lloró, pero no le creyó infiel. Ha muerto, decía, que él no olvida á su Rosa, no. Pero al cabo supo un día que estaba bueno Vicente, que era ya primer teniente, gracias á su bizarría, porque entraba á combatir

hecho todo un Fierabrás... y supo otras cosas más que no se pueden decir. Pero al recordarlas luego pensaba la pobre Rosa: «Para haber dado en tal cosa, ó está loco, ó está ciego. Y al ver la bola creí, porque el pesar me cegó, que era la más negra... No, ¡la más negra es la de allí!»

Eusebio Sierra.

Magras.

Cada uno se llama como puede ó como le dejan. Y que un hijo legítimo ó auténtico—que era lo que decían él y su padre—ha de usar el apellido paterno y el materno, y hasta el

LA RESINA



Repleto de amorosas canciones, llama un trovador á la puerta de un castillo...



cabiéndole el alto honor de cantar ante la castellana, á la cual conmueve profundamente.



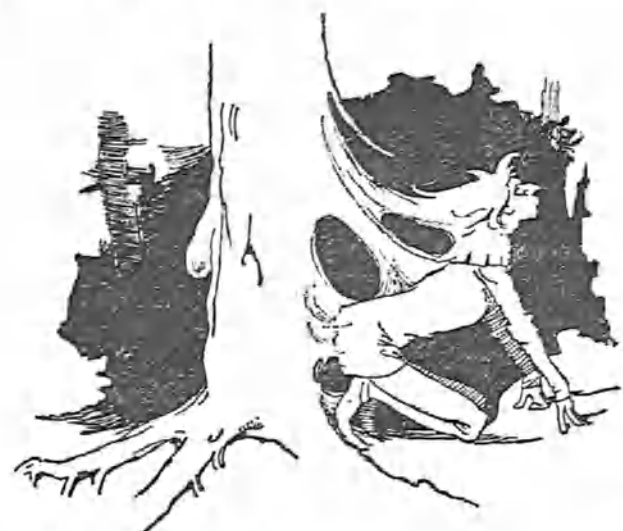
Herido de amor sale del susodicho castillo...



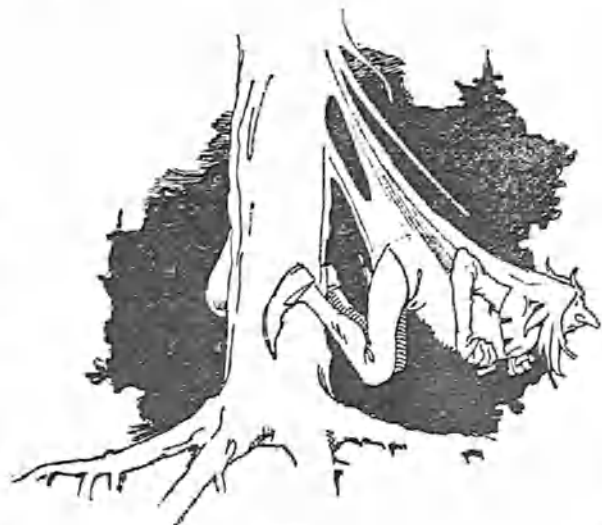
internándose en un bosque, donde se da á meditar sobre pasión tan sin esperanza. Y la canta en tan sentidas endechas, que hace llorar á los pinos sendos lagrimones de resina.



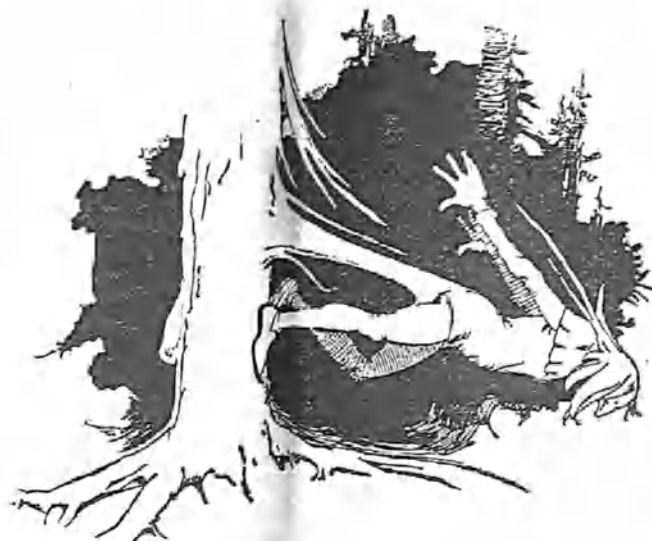
Pero al acabar de cantar se halla aprisionado por ésta:



Y ansioso de desasirse de su pegajosa tiranía, empieza á tirar...



y á tirar...



y más tirar...



hasta encontrarse libre de la maldita resina.



Pues bien, no tan maldita, ya que le sugiere una felicísima idea, con la cual el trovador encamina de nuevo sus pasos al castillo.



Halla á la castellana distraída en su jardín; pégase á ella por la espalda...



y lanzándose sobre un alazán que ensillado y todo le depara la suerte...



parte con la dama á escape.



Llegados á lo más recóndito del bosque, implora su perdón por tamaña osadía y le declara su pasión irresistible.



Perdón que le otorga con creces—y con la mejor gracia del mundo—la sentimental castellana.

subalterno á falta de los otros, ó por exceso de lujo en la «nomenclatura personal».

El hijo verosímil, siquiera, de Magras cómo había de apellidarse?

Pues Magras.

Claro es que el apellido parece un tanto raro.

Y hasta suena mal en los buenos círculos del Madrid... cómico.

Pero no hay más que transigir, como transigen con Magras todas sus relaciones.

Eso sí, del apellido hacen mote, para arreglarle á la escena chula, y siempre que hablan de él ó con él dicen «El Magras».

En fuerza de costumbre, como se oye llamar así desde que salió

al mundo del comercio, ó sea á los ocho ó nueve años, hasta nuestros días, y ya es mozo de cuatro lustros cumplidos (por ahora), él mismo duda de la «ortografía» de su apellido.

Y cuando algún juez ó cualquier otro amigo le pregunta, es un suponer:

—¿Cuál es la gracia de usted?

—El responde sin vacilar:

—Manolo el Magras.

Esto de preguntarle algún juez tiene su explicación.

Magras es de la curia, casi, casi.

No de la romana, pero de la «catódica», puede decirse.

«Está» —según él— de escribiente del escribiente de un procura-

dor, como si dijéramos de «reporter de la casa» ó «senificantes».

Escribe con economía, en las haches, puntos, comas y demás, aunque no con tanto aseo como economía.

Su letra no es letra de adorno precisamente, aunque lo parece, ni española pura, por más que el Magras sea castizo, sino cruzada de árabe y carbonero.

Manolo se entiende y se baila solo... un tango ó lo que se pida, y para escribir una minuta, supongamos, ó dos minutos, es un decir, ó tres ó cuatro ó las que se «necesiten», sabe lo suficiente el muchacho.

Como no tiene que mantener á padre ni á hermanos, ni más parentesco, y éste simbólico, digámoslo así, que el que se le supo-

ne con la Paca, puede vivir holgadamente con la peseta que le pasa el «procurador en jefe».

Es decir, no le pasa una peseta, que se la da; porque con ver pasar una peseta no podría vivir el muchacho.

El Magras es un buen español, aunque con mala letra, y un buen aficionado á la lidia de «reses bárbaras», —como él dice— y al «bel canto» y al bel N. P. U. de Xerés, y á todo lo bueno.

Paca, la amada de Manolo, es una chica como todas las chicas de su clase, pero de las más generosas en el ramo.

Cose para afuera, en lugar de coser para sí ó para adentro.

La muchacha es una preciosidad de cara, de cuerpo, de andares, «de todo lo que Dios crió», según la mamá de Paca, una bue-

na mujer «teniente retirada»; vamos, sorda como el rumor de la noche, que dicen los poetas-serenos.

Paca es menudita, pero muy apetitosa para cualquier Magras y aun para cualquier gordo.

Conoció á su Manuel pasando por la Carrera de San Jerónimo, en la vía pública ó en la «Vía Appis» (1).

«¿Que cómo le llegó á amar?
Sólo llegándole á ver.»

Lo mismo que Jimena á Rodrigo Díaz de Vivar, según Fernández y González.

Se vieron, se hablaron, se enamoraron y se dieron el sí incondicional.

Él declaró á su amada y á la sorda ser escribano de número ó de mérito y sentirse dispuesto á dar fe de marido.

¿Un depositario de la pública no ha de guardar cuidadosamente la de su novia?

Cuando ésta le veía con algún legajo abrazado se decía, lo mismo que la sorda:

—Fijos son los toros. Escribano es.

Pero con estas guerras de Cuba y Filipinas que desgraciadamente sostenemos no hay novio seguro.

Cuando menos lo teme una muchacha, se encuentra vinda política para casa de los padres.

(1) Por cuanto «hacen el buey» los caballeros que convierten la Carrera en patio de vecindad todas las noches.

El Magras se ha salvado por ahora en una tabla.
Ha ido en su lugar al servicio un vecino, hombre de bien reconocido: como que no vivía de otra cosa.

Ya estará allá, si vive *entodavía* el señor Ramón.

¡Pobre hombre!

La verdad es que no haría más un padre por un hijo, y por me nos dinero.

Por treinta pesos adelantados, esto sí, ha salido «andando» para allá, ó nadando, ó como sea, el señor Ramón.

¡Un hombre de sesenta y dos años!

Me parece que es de agradecer el favor de un hombre que está ahora en lo mejor de su vida.

¡Qué suerte la del Magras!

Paca le adora; la suegra de mampostería, también.

Y el señor Ramón se juega su vida por salvar á Manolo.

*
*

Antes de cerrar este artículo—supongamos—he sabido que, por fin, irá á Ultramar el Magras.

Como que ha desaparecido el señor Ramón con los treinta pesos antes del embarque, por más que había quien aseguraba haberle visto sobre cubierta.

¡Pero en un ómnibus.

Es de sentir por la Paca, que se verá sin consuelo, siquiera sea accidentalmente, y sin Magras.

Eduardo de Palacio.

Lo que dice Vega.

Anoche entré en Apolo,
y allá en el escenario, triste y solo
como aquel que se entrega
á mil meditaciones,
vi que estaba arrimado á unos telones
el ilustre Ricardo de la Vega.

Como sabe muy bien que yo le quiero
como quiere un amigo verdadero,
á riesgo de poderle molestar,
me atreví á preguntarle su opinión
respecto á la cuestión
del cobro de *derechos* de Ultramar,
y alla va, con sus pelos y señales,
lo que el gran sainetero me decía
con voz sonora, entonación sombría
y acentuando un poquito los finales.

—¡Pues sí, querido amigo!
¡No olvide usted jamás lo que le digo!
Aunque tengamos una lucha homérica
cobraremos *derechos* en América,
y digo, con razón, que cobraremos
porque todos debemos
procurar que la idea no naufrague
y hacer que se nos pague,
que bien lo merecemos.
Tal vez sea cuestión muy climatérica
el cobro de *derechos* en América,
pero no hay un motivo, no le hay,
para que el Paraguay,
para que el Uruguay
le dejen de pagar á Echegaray.
¿No hacen en el Perú y en la Argentina
todas las obras de Felid y Codina?
¿Pues por qué la Argentina y el Perú
no pagan ni á Codina ni á Felid?
Si ellos son hijos de la raza ibérica
y todos hablan nuestro mismo idioma,
¿por qué no han de pagar allá en América
La verbena, señor, *de la Paloma*?
Y digo *La verbena*,
no porque es mía y me parezca buena,
que lo mismo diría
aunque no fuera mía.
Al decir *La verbena*, no es que quiero
citarla por capricho.
Lo dije sólo como hubiera dicho
De vuelta del Vivero,
obra que le dará mucho dinero
si no resulta nuestra unión química
y cobramos *derechos* en América.
Por eso le decía que debemos
procurar que la idea no naufrague,
y hacer que se nos pague,
que bien lo merecemos.
¡Eso ya es un abuso, qué caray!
¿No opina usted lo mismo, amigo Yray...
(Y aquí le dió de tos un golpe atroz,
y no pudo acabar diciendo... zoz.)

Fraico Tráizoz.



- ¡Chiquillo! ¿Para qué dejas eso al balcón?
- Para cuando pasen los Reyes Magos.
- ¡Tontol! ¿Y pones los zapatos de tu hermana?
- ¡Tomal! Es para ver si me ponen dentro una mujer hermosa!

Opiniones sobre la guerra.

POR MECACHIS



—Allí lo que hace falta es fusilar á todo bicho viviente y no dejar piedra sobre piedra.



—Debe combinarse la acción política con la militar... pero con mucha suavidad y muchísimo tacto.



—Dinero, dinero y dinero! Ese es el nervio de la guerra! Debemos sacárselo al que lo tenga y repartirlo entre los que lo necesitan.



—Tan y mientras que haiga trochas y que estemos paraos... quié icirse que no podemos dir á ninguna parte.



—El Gobierno debía mandarnos allá á unos cuantos... con amplias facultades.



—Yo creo que una intervención extranjera no es precisamente deshonrosa.

La suerte suprema.

—Era un toro encampanao, con unas velas así, y dije, en cuanto le vi: este toro es de euiddas.

Me lo picaron muy mal, y luego las banderillas sólo le hicieron cosquillas y se creció el animal.

Lidía así no hay quien la aguante. Se creció de tal manera el toro, que ya no era un toro... ¡era un elefante!

Tocó el clarín á matar, cogí los trastos y ¡andando! pero, la verdad, llevando

un *canguelo* regular.

Porque yo, naturalmente, tengo vista, y comprendí que con una fiera así había que ser prudente.

Me fuí al toro muy *parao*; le di un pase de castigo, y luego otro... Pero, amigo,

se iba al bulto el *condenao*. Yo conocí su intención y me tiré...

—¿Á volapié?
—¡Quí! ¡No, señor! Me tiré ¡de cabeza al callejón!

Vital Aza

MALHUMORADAS

Muchos azotes los primeros años y el resto de la vida desengaños. Y aún es la sociedad tan mala ó lela que pretende acabar con la viruela.

Si en el arte ó la ciencia te distingues, nunca te faltarán críticos sabios que demuestren con sólidas razones que eres un sabido.

Pero si eres un hombre sin vergüenza y en el padrón te inscribes como pillo, no habrá un solo mortal que no confiese que eres muy listo.

La institutriz... el cura... el internado tras del ama de cría... Yo no sé qué les deben á sus padres los chicos de hoy en día.

Del deshonor de sus hijas hay viviendo muchas madres, y ¡quién hará aquí las leyes, que ninguna va á la cárcel!

Emilio S. Pastor.

El fallo eterno.

I
Refiere la historia el caso de una mujer tan segura del poder de la hermosura, que halla siempre libre el paso, que contemplaba á sus jueces, esperando su sentencia, á ratos con displicencia y sonriendo otras veces. Con criminal frenesí dió el golpe, y cuando le dió, —¿Qué me importa, murmuró, si no hay pena para mí? ¡Mil veces loco el que piensa que nada á la ley contiene, pues no hay ley para quien tiene la hermosura por defensa!

II
Dispuestos á sentenciar los que la ley estudiaron, á la mujer preguntaron: —¿Tienes algo que alegar? Y ella, acentuando el gesto de burla, respondió: —¡Sí! Aunque el crimen cometí, algo he de alegar... ¡y es esto!... Y con movimiento rudo su túnica desgarró y ante el tribunal mostró su hermoso cuerpo desnudo. —¡He delinquido, es verdad, dijo; todo me condena... ¿Cuál es mi pena, si hay pena? Esta soy yo, ¡sentenciad!

Y contemplando á la impura, todos pensaron lo mismo: —Si es muy grande su cinismo, es más grande su hermosura. ¿Quién sentencia? ¿Quién resiste á su infinito poder? ¡Nadie!... ¡Vete en paz, mujer! ¡Venus, vete en paz! ¡Venciste! ¡Venciste, sí! La justicia contra tu cuerpo ¿qué puede? La ley más severa... cede; ¡no te mata, te acaricia! Y con soberbia actitud, ya absuelta la criminal, saludando al tribunal, pasa entre la multitud que, aunque asombrada del caso, su aprobación manifiesta, pues ni ruge, ni protesta y se calla... y le abre paso.

III
¿No fué absurda esta victoria? ¿No es ominoso borrón, que cubre como un baldón las páginas de la historia? Pues un error tan profundo se ha repetido mil veces, porque como aquellos jueces ¡dicta su sentencia el mundo! Y es cosa casi segura que ahora, como entonces, venza la que rasga su vergüenza para mostrar su hermosura.

Luis de Ansorena.



Dibujo de Amello Fernández.

El héroe del arco de Toledo

(RECUERDOS DEL AÑO 8)

I

Una lápida, sí, señor, una lápida conmemorativa pondría yo en el rinconcillo que á la mano izquierda, como se sube por la calle de Toledo, forma ésta con el arco que da ingreso á la Plaza Mayor.

Porque de allí, de allí, antes que de labios del Alcalde de Móstoletos, salió el grito de la independencia y la declaración de guerra al francés, que, cobarde y solapadamente, se nos había metido en casa, aprovechándose de la torpeza ó mala fe de nuestros gobernantes, que era de lo que se aprovechaban entonces y siguen aprovechándose todavía los que nos quieren jugar alguna mala pasada. En el rincón que digo, y desde los últimos años del anterior siglo, estaba establecido el tío *Pocas chichas*, famoso artífice por cuyas callosas y nunca bien limpiadas manos pasó más de un zapato de rasilla y chapín de gabinete de los que calzó la flor y nata de las majas enloquecedoras de abates y currutacos.

En su establecimiento, que diríamos ahora, no había que admirar otros anaqueles ni más lujo si no era una desvencijada mesilla de escasos dos palmos y medio de altura, que con un par de banquillos no mejor tratados que la mesa y un biombo tan grasiento como agujereado, y que se daba á luz sólo cuando los vientos del invierno eran un poco duros, no tenía por rico artesonado ni por magnífica techumbre más que el claro cielo que fué siempre orgullo de los hijos de Madrid.

Pero, en cambio, en lo de poner unas medias suelas ó reforzar unos tacones, en lo de disimular una pieza ó galonear de nuevo el más acabado receptáculo de femenino pie, no había en la villa otras manos que compitieran con las del maestro de obra prima, como no fueran las de su mujer, hermosa hembra que escasamente llegaba á la mitad de los cincuenta años que estaba próximo á peinar el tío *Pocas chichas*.

Este, además de excelente individuo del gremio de la zapatería de viejo, era tan ardiente y denodado patriota, que él, que, salvo algún que otro lunes, no abandonaba su oficio más que los días de precepto, cerca de una semana había estado sin abrir la tienda cuando lo del motín de Aranjuez, sólo por el placer de contribuir en el real sitio á derrocar al odiado favorito y exaltar al trono á aquel príncipe Fernando de quien se esperaban entonces más días de ventura que los que, por desdicha, dió á la patria después.

Eso sí, en lo que no pudo simpatizar nunca con sus conciudadanos fué en la ciega confianza que nuestro buen aliado Napoleón inspiraba por aquel entonces.

Un buen sentido, que ni él mismo sabía de dónde le venía, le hacía odiar á muerte á los *gabachos*, y este odio no tardó en tener una causa lógica y racional.

II

Desde el momento en que el *suspirado* Fernando cometió la insigne torpeza de salir de Madrid abandonando la capital de la monarquía al ejército francés, Murat estableció un cuerpo de guardia de sus tropas en la Plaza Mayor, y éste se alojó en la casa llamada de la Carnecería.

En él hacía frecuente servicio un oficialillo que, aunque se alababa de haber estado con el capitán del siglo en Arcole y en Egipto, más parecía nacido para brillar por su impertinente atildamiento en los salones, que no por su bizarría en los campos de batalla.

En mal hora ocurrióle poner los ojos en la hermosa zapatera de viejo, y como la insolencia de aquellos perros descreídos era tanta que ya nos daban por país conquistado, su cortejo se hizo tan público, de tal modo se empeñaba en hacer pasar por favores lo que no era, en honor de la verdad, más que ariscos desdenes de la honradísima compañera del tío *Pocas chichas*, que éste no tardó en ponerse sobre aviso.

Y como el diablo hiciera que una mañana, en que el bueno del zapatero hubiera dejado su tirapié y sus leznas para matar el gusanillo en la taberna más próxima, se hallara al volver al oficalite dirigiendo no sé qué atrevidos requiebros á su esposa, llevada en una parte de su españolismo, y en otra más considerable de sus celos, gritando con toda la fuerza de sus pulmones: ¡Mueran los franceses! descargó tan recia bofetada sobre el héroe de las Pirámides, que en bien poco estuvo que éste no fuera á dar con su gloriosa persona en tierra.

La masa entre los compatriotas del maestro de obra prima no estaba ya tan mal dispuesta para que el grito se escuchara con indignación, ni siquiera con disgusto; pero la mina no debía estallar aún, y sin que nadie se atreviera á hacer causa común con el que los sentimientos de todos interpretaba, antes de que el oficial, repuesto de su aturdimiento, pudiera castigar por sí la afrenta, un grupo de soldados *gabachos* se llevó á empellones, y sin que nadie lo impidiera, al pobre zapatero al vecino cuerpo de guardia.

Que allí lo pasó menos mal de lo que su delito hacía temer lo dice el que, sin llevar otras señales que la de una más que regu-

lar paliza en el cuerpo, pudo volver á las pocas horas á los brazos de la Lucrecia romana con que le unió la suerte.

Pero no. Llevaba algo más. Llevaba en el fondo del corazón un inextinto deseo de venganza contra aquellos franceses, á que él antes que nadie había declarado la guerra.

III

La tal venganza se vió en parte satisfecha pocos días después, el memorable 2 de Mayo de aquel año, tan fecundo en desastres y en victorias.

Cuando aquella mañana el pueblo arremolinado en la plaza de Palacio cortaba los tiros de los coches que debían arrebatarse á los últimos vástagos de la familia real de entre sus tan amantes como obcecados súbditos, nadie se había atrevido aún á hostilizar de una manera franca á los invasores.

De pronto sonó un tiro, y un oficial francés cayó al suelo bañado en su propia sangre.

El muerto era el impertinente recnestador de la zapatera, y el que había disparado, el marido de ésta.

Aquella fué la señal de la lucha. Aquel tiro costó muchas vidas, pero dió largos días de gloria á la patria.

Y sin embargo, el que había sido causa del gran alzamiento nacional, aunque estuvo algunas semanas sin aparecer por su cuchitril, volvió á tomar asiento en su mesilla desvencijada, y desde ella presenció, siempre odiando al invasor, las peripecias del drama que desenlazó felizmente la batalla de Vitoria.

Después, ignorado de todos, sin ser echado de menos por nadie, desapareció sin dejar la más leve memoria de su oscura existencia.

Y sin embargo, ¡cuántos con menos motivos han tenido la lápida conmemorativa que yo colocaría en el rinconcillo que á la mano izquierda, conforme se sube por la calle de Toledo, forma ésta con el arco que da ingreso á la Plaza Mayor!

Angel R. Chaves.

Mala suerte.

LATA DE CIRCUNSTANCIAS

Entre don Marcelino Ruiz de Laserna, que tiene en Recoletos una taberna, doña Perseveranda de la Rejilla, viuda de un hacendado de Minglanilla, don Bernardino López y Berruguete, que toca en las iglesias el clarinete, don Felipe González y Azucarpiedra, que ha venido hace poco de Pontevedra, doña Prisca Fernández de la Babosa, prima de un cocinero de Panticosa, don Restituto Gómez Valdepepinos, que ha tenido una tienda de ultramarinos, Caralampia García Matacandiles, portera de la calle de Ministriles, la sobrina del cura de Talavera, que está para casarse con un hortera, doña Pura del Todo, que es pensionista y que tiene el capricho de ser ciclista, y un servidor de ustedes, hemos jugado un décimo del número tres mil pelado. Y suponiendo todos que nos caería en estas Navidades la lotería, cada cual se propuso de una manera invertir el dinero que le cayera, después de celebrarlo con un banquete en mitad de la calle del Sombrerete. El buen don Marcelino Ruiz de Laserna pensaba hacer reformas en la taberna, doña Perseveranda de la Rejilla iba á comprarse tierras en Minglanilla, don Bernardino López y Berruguete iba á echar á la lumbré su clarinete, don Felipe González y Azucarpiedra iba á ser diputado por Pontevedra, doña Prisca Fernández de la Babosa iba á tomar las aguas de Panticosa, don Restituto Gómez Valdepepinos iba á abrir otra tienda de ultramarinos, Caralampia García Matacandiles iba á dejar la calle de Ministriles, la sobrina del cura de Talavera se iba á casar á escape con el hortera, doña Pura del Todo, la pensionista, iba á lograr su empeño de ser ciclista, y un servidor de ustedes ¡miren qué monol se iba á comprar un coche y á darse tono. Mas como, aunque creímos que nos caería en estas Navidades la lotería, ya no nos cabe duda, lector querido, de que ni un perro grande nos ha caído,

ni el buen don Marcelino Ruiz de Laserna puede hacer las reformas en la taberna, ni la pobre señora de la Rejilla va á comprarse las tierras en Minglanilla, ni Bernardino López y Berruguete puede echar á la lumbré su clarinete, ni el señor de González y Azucarpiedra va á salir diputado por Pontevedra, ni la Prisca Fernández de la Babosa puede tomar las aguas de Panticosa, ni Restituto Gómez Valdepepinos pondrá ninguna tienda de ultramarinos, ni la tal Caralampia Matacandiles se marcha de la calle de Ministriles, ni la chica del cura de Talavera puede casarse pronto con el hortera, ni va Pura del Todo, la pensionista, á lograr sus deseos de ser ciclista, ni un servidor de ustedes, por lo que veo, puede ya en coche propio darse un paseo. Y al pensar que la causa fué ¡suerte impial el no habernos tocado la lotería, todos, unos más bajo y otros más fuerte, dijimos: ¡Caracoles! ¡Qué mala suerte!

Juan Pérez Sainza.

COSITAS

Se portó como un valiente el teniente Pimentel, y le hirieron gravemente, y ascendieron al Teniente... al teniente coronel.

Anda y sablea á tu padre, y no me vengas con gaitas, y trabaja si te sale.

Hoy, delante de una vieja, iba por la calle un zángano, y sin tomar precauciones hizo un rumor antipático.

Quedó suspensa un instante la mujer; apretó el paso, queriendo esquivar, sin duda, la repetición del acto, y después de santiguarse pasó por junto al menguado y le dijo humildemente: ¡Para los pobres del barrio!

Mira tú si te querré que me besaste hace un año, y aún me dura el cosquilleo que me dejaste en los labios.

J. López Silva.

LOS HOMBRES DEL SIGLO



Nosotros somos los representantes de la civilización, de la belleza y del progreso de la humanidad.



y aunque es verdad que hacemos volar por medio de la dinamita trenes llenos de personas indefensas



y quemamos poblados cuando sabemos que no hay dentro quien nos zurre la badana



y asesinamos traidora y cobardemente a los prisioneros



y robamos a los caminantes, como salteadores que somos,



alío es que en todas las naciones de América producimos admiración y entusiasmo.



y que los Estados Unidos, con todos sus adelantos y gangas, nos protegen, obsequian, ayudan, miman y bendicen.

La vacuna.

Sabe la escalera
la dama dudando,
se asusta ante el médico
que está vacunando.
El cuerpo se quita
toda ruborosa
y enseña su brazo
de color de rosa.
La ternera mira,
y la mira inquieta,
tiembla al ver la mano
que trae la lanceta.
Contempla en el hierro
del virus la gota,
se clava en su brazo
y la sangre brota.
Da un grito la pobre
muy acongojada
y luego se ríe,
¡ya está vacunada!
Ya manchar no puede
la pústula odiosa

ni la tez nevada
ni el color de rosa.
Químicos y físicos,
sabios y doctores,
¿no habrá una vacuna
para los autores?
En ella se cifran
todos mis deseos,
vacuna de silbas,
gritas y meneos.
Un procedimiento
de éxito infalible
para inocularnos
una grito horrible;
de esas que desean
los reventadores
y que tanto gusto
dar á los señores.
Y luego ya... nada,
el susto pasado,
¡todas ovaciones!
¡Ya estoy vacunado!

Miguel Echegaray.

FALTA DE ETIQUETA

A un doctor palaciego consultaba
cierto día una infanta sus dolencias,
mientras él, respetuoso, la escuchaba
haciendo exageradas reverencias.
Así pasó el doctor más de una hora,
lleno de timidez, casi convulso,
junto á la serenísima señora,
sin atreverse ni á tomarla el pulso.
—¿Qué me aconseja usted?

— Lo más sencillo;
gracias á Dios, la enfermedad no es grave.
Tómese vuestra alteza un cortadillo
del agua de Loeches, que es muy suave.
—¿Loeches?...—El doctor, todo turbado
creyó haber cometido una torpeza,
y repuso:—Perdón, me he equivocado:
quise decir *lo seche vuestra alteza*.

Miguel Ramos Carrón.

¡ME HAN FASTIDIADO!

¡Ya no tengo *coco*
para el uso interno
de mi domicilio,
que es todo un colegio!
Antes, cuando alguno
de mis pequeñuelos,
después de la cena,
salía corriendo

por huir gozoso
del *catre doméstico*,
gritaba yo al punto:
«¿Qué viene Maceo!»
y el chico, asustado,
temblando de miedo,
á los dos minutos
conciliaba el sueño.

Como ya no hay chico
que se mame el dedo,
y hasta el de dos meses
sabe que se ha muerto,
ya no tengo coco
para el uso interno.

Ahora, ¿qué les digo?
Ahora, ¿qué les cuento
que imponga en las filas
terror y silencio?
Me hace falta un monstruo,
no el que conocemos,
que ése ya no asusta
hace mucho tiempo.
Necesito algo
que infunda respeto,
un hombre terrible:
un crítico de esos

que sale en la prensa
tocando á degüello
y sirva de coco
para el uso interno.
Es algo difícil
hallar un Maceo
tan cacareado,
tan alto y tan negro...
Necesito un monstruo
con rabo y con esmerlos.
Nada tan terrible
como los morenos,
que esos nos revientan
y siguen tan frescos.
Ya sé qué gritarles
á mis pequeñuelos
para que se asusten:
«¡Que viene un estremo!»

José Jackson Veyán.

Intima.

No dormo ni descanso
con un sainete
que debo hacer el año
noventa y siete.
¡Mucho tramocho!
.....
¡Lo dejo para el año
noventa y ocho!

Ricardo de la Vega.

El cazador

Hay quien tiene el vicio de la caza, como algunos tienen el vicio de meterse los dedos por las ventanas de la nariz.

Para el cazador empedernido no hay en el mundo placer más grande, ni más útil, ni más honroso que el de salir al campo hecho una facha y pasarse el día al sol, esperando que se pongan á tiro los conejos.

Yo he podido notar que todo el que es cazador desprecia profundamente á los que no tenemos sus aficiones, y más de una vez me ha dicho D. Teodoro, el jefe de mi oficina y presidente de la Sociedad venatoria de Getafe:

—¡Parece mentira que no le guste á usted la caza! ¿Y usted se tiene por hombre bien organizado y por persona racional?

Á D. Teodoro no le interesa en el mundo cosa alguna, fuera de la caza. Que el Gobierno está en crisis, bueno; que se ha anegado la Mancha, mejor; que á la vecina del segundo le van á extirpar un lobanillo, allá ella... Lo que él quiere es que haya conejos dóctiles y de buena índole para que se dejen matar con toda confianza.

D. Teodoro no puede permanecer en el hogar dos días seguidos, aunque su esposa se lo pida con lágrimas en los ojos.

—Teodoro, no me dejes sola. Ya sabes que estoy muy mala, y el día menos pensado vuelves del campo y te encuentras con mi cadáver sentado en el gabinete—dice la aludida.

—¿Y quién tendrá la culpa?—responde el esposo, mientras limpia la escopeta con unos pantalones viejos.—Si te hubieras dedicado á la caza, hoy tendrías una salud excelente, como la mía.

—Si, sí, puedes echar bravatas—replica ella.—No parece sino que tú estas sano, y da lástima oírte toser por las noches.

—¿Toser yo? ¿Toser un hombre que se anda cinco leguas en veintiocho minutos y tiene unos pulmones de hierro?

Cada dos ó tres días D. Teodoro se viste de mamarracho y toma el tren con dirección á Torreledones, en compañía de un perro que parece hijo suyo, á juzgar por lo que le acaricia y por cierta semejanza entre ambos. Los dos tienen la misma caída de ojos é idéntica nariz.

En el monte, D. Teodoro se olvida del mundo, de su esposa, de la oficina y de un catarro crónico que padece. Estando allí no sufre, ni hace caso de la toa, ni se tapa la boca, aunque caigan caprichos congelados; pero llega á su casa medio muerto, con la nariz convertida en surtidor y los ojos hechos dos fuentes milagrosas. El perro, á su vez, se mete debajo de una mesa, y allí está dos horas tosiendo como si se fuera á morir.

—¿Habéis andado mucho?—pregunta la esposa de D. Teodoro con acento amargo.

—Pregúntaselo á ése—responde él señalando al perro.—Desde anteayer, á las cinco de la mañana, no nos hemos sentado; pero registra el morral y asómbrate.

—¿Cuántas piezas has matado?

—Tres conejos y una paloma y cinco verdérones, y por poco mató á una vaca por equivocación.

La infeliz esposa tiene que desnudar á D. Teodoro, que está

convertido en un montón de trapos y trae los calzoncillos rotos por cinco partes distintas.

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué manera de destrozarse la ropa blanca! ¡Dónde te has metido, hombre de Dios!

—Esto no tiene nada de particular. En el monte no se cuida uno de los calzoncillos, porque cuando sale una pieza se la sigue, y hay que saltar zanjas, y tirarse de cabeza á los precipicios, y rodar por las cuestas abajo. ¿Verdad, Canelo?

El aludido meneó el rabo en señal de asentimiento, y D. Teodoro entonces le pasa la mano por las costillas, y no le besa porque su mujer se pondría furiosa; pero buenas ganas se le pasan de cogerle el hocico y estampar en él un ósculo sonoro.

Para este cazador impenitente el perro es un amigo cariñoso, mucho más digno de consideración que su propia mujer. Ella se está quejando todos los días de dolores en ambos vacíos y de fuertes mareos. D. Teodoro, lo más que hace es encogerse de hombros y decir que todo aquello es pura aprensión; pero si Canelo se constipa ó tiene triste la mirada, ya está D. Teodoro tapándole el felpudo y dándole á beber cocimiento de malvas para que sué.

D. Teodoro tiene un hijo de ocho años, á quien desea llevar al monte, porque Canelo está cada día más delicado.

—El pobre tiene ya mucha edad y se fatiga—dice á su mujer.—El primer día que salga al monte me voy á llevar á Teodorito para que le ayude.

Y cuando habla de su chico en la oficina, suele decir:

—Por ahora no está día, y sabe Dios cuándo le mandaré á la escuela. Lo que quiero es que se desarrolle físicamente.

—¿De modo que no le dedica usted á nada?—se le pregunta.

—Sí, señor, le dedico á perro.

—¿Qué ocurrencia!

—Cada uno educa á sus hijos como le da la gana. Yo al mío le he enseñado á levantar conejos, y lo puedo echar á reñir con cualquier pachoño.

De manera que Teodorito es un animal en toda la extensión de la frase, y cuando está triste, adula, y cuando quiere comer, ladra, y en cuanto le enseñan una morcilla se pone á temblar, como si hubiera visto al demonio.

Pero el papá vive satisfecho de su obra, y tiene más confianza en su chico que en el propio Canelo; porque es lo que él dice:

—En cuanto mi chico se desarrolle algo más, ya no necesitaré perro y me evitaré muchos disgustos. Canelo es muy inteligente y muy dócil; pero en cuanto ve una perra ya no puedo con él, mientras que Teodorito verá las perras con la mayor indiferencia, como me pase á mí.

¡Parece mentira que siendo D. Teodoro hombre serio, oficinista acreditado, cruz sencilla de Isabel la Católica y socio de la Económica Matritense, prescindiera de toda su respetabilidad para ponerse un chaquetón de paño burdo, y un sombrero en forma de palanquilla, y unos zapatoones de becerro, y salga por ahí, con la escopeta al hombro, provocando las risas de la gente! Si le vieran de aquella guisa sus subalternos, con seguridad que acabarían por perderle la consideración personal; pero él ama la caza sobre todas las cosas, y no se detiene ante la crítica, ni profesa otro culto que el de los conejos.

Porque para el verdadero cazador, todo lo que no sea andar por el monte, y estropearse los pies, y sudar tinta, y reventarse vivo, es cometer un disparate y hacerse indigno de la consideración de las personas decentes.

Luis Salvada.

INQUILINOS Y PORTINEROS

SAINETE (EN RITO) EN UN ACTO DIVIDIDO EN CUATRO CUADROS EN PROSA Y EN VERSO, ORIGINAL DEL QUE SUSCRIBEDOR.

CUADRO PRIMERO

Interior de portería pobre: en el fondo la puerta de la calle y á la izquierda un pasadizo con gacinas, gacinas, calzoncillos de hombre y demás prendas propias para vestir niños; á la derecha el principio de una escalera.

Escena I

VENANCIA.

VENANCIA. (Dando golpes con unos puños á los objetos indicados, después de haberse colgado convenientemente.) Por más que zarro la badana á estos abriguitos, como si no... Pero, señor (y maldita sea mi estampa!), ¿con qué ropa vestirán á los niños de estos barrios, que desde hace dos semanas nadie me compra lo que se dice *palido* de una peseta? Yo creo que les ponen cuatro trapitos para llevarlos á bautizar, y no los visten de largo hasta que entran en quintas. Y luego pague usted las contribuciones y los recargos... ¡maldita sea mi cutis! Si no vendo y ésta es mi matanza, ¿de dónde voy á sacar para pagar al fisco, *¡ah!* dice mi esposo, que, como sabe todo el mundo, es de la policía secreta?... Ganas me dan de pegar fuego á estos chirimboles y después á la casa entera, y eso, que como está asegurada de incendios, no podría arder. (Se oye dentro llanto desesperado de un niño.) ¡Callate, príncipe de la milicia, que ya voy... Callate, amante... Demonio de chico... ¿Y cómo dejas el puesto solo?... (El niño sigue llorando, pero con más rabia.) ¡Maldita sea mi fisonomía! Que viene el coco... Nada, como si le dijese que venía la primavera... (De pronto y como si se le ocurriera

una gran idea.) Cállate, mira que llamo al ministro de la Gobernación... (El niño cesa de llorar instantáneamente.) Es lo único que le asusta; esto se lo ha enseñado su padre, que es de la policía secreta.

UNA VOZ. (Muy lánguida, que figura partir de los últimos pisos): ¡¡¡Porteraaaa!!!

VENANCIA. (Remedándola.) ¿Qué se le ocurre á usted?

VOZ. ¿Quiere usted hacerme un favor?

VENANCIA. No me da la gana... ¿Se le ofrece á usted otra cosa?

VOZ. Era sólo preguntarle si había salido *El Globo*.

VENANCIA. ¿Cuál, el de ayer?

VOZ. No, señora, el de hoy.

VENANCIA. Pues mañana se lo diré á usted.

OTRA VOZ. ¡Señora Venancia!

VENANCIA. ¡Queee!

VOZ. ¿Ha pasado la parada?

VENANCIA. Hace hora y media...

VOZ. ¿Y cómo es que yo no la he sentido?

VENANCIA. Porque ha pasado de puntillas para que usted no se despertara.

Escena II

VENANCIA Y D.² PURA.

D.² PURA. (Bajando la escalera.) Felices días.

VENANCIA. (Con insolencia.) Felices para usted y tantas otras que salen por la mañana y no vuelven en diez horas... Así se vive y así es como la gente engorda. ¡Maldita sea mi estampa, y maldita sea... (Con gravedad.) Señora, hágame usted el favor de echarse un punto á la boca, y así evitará que de ella salgan ciertas palabrotas que ofenden á quien las oye, aunque, en realidad, son propias de quien las dice... Usted olvida que yo soy una persona tan decente como usted, y no pecho de hiperbólica. Hiper... ¿qué? (Con resolución.) Pero me cachiis, por no decir otra cosa. Es que ya estoy hasta aquí (señalándose al pelo) de vecinas cursilonas, que con preguntas y encargos me traen la cabeza loca. En cuanto venga el casero le voy á decir que escoja: ó la vecindad ó yo. (Con ironía.) Mil gracias por la lisonja, y si el casero es un hombre que sabe escoger...

VENANCIA. De sobra. Dirá que me quede yo y que los demás le estorban. Porque, *pa* que usted lo sepa, aquí vive una jamona que conoció en la lactancia á doña Juana la Loca, que le ha dicho á mi marido (vamos, ¡como yo la coja!) que dejo la portería á cada momento sola, y que cuando vuelvo, vuelvo lo mismo que una marmota. (Indicando borrachera.) Eso se lo cuenta usted... Á usted, á usted, sí, señora. Me lo ha dicho él mismo... Chúpate ésa y *regresa* por otra. (Gritando.) ¡Melitón, Melitón, baja, que se *tambalea* tu honra! (Ídem.) ¡Nicolás, Nicolás, sabe, que faltan á tu señora!

Escena III

DICHOS Y D. MELITÓN, QUE BAJA PRECIPITADAMENTE LA ESCALERA, Y NICOLÁS, QUE FIGURA SUBIR DE LA CUEVA: ÉSTE TRAE LA CARA LLENA DE JARÓN.

D. MELITÓN. (Á D.² Pura.) ¿Qué es esto, quién te ha faltado?

D.² PURA. Esa mujer.

VENANCIA. Es incierto.

MELITÓN. (Á Nicolás.) Señor Nicolás, ¿y usted consiente estos desafueros?

VENANCIA. ¿Permite usted que esta casa se convierta en un infierno de escándalos y alborotos, promovidos todos ellos por su esposa ó lo que sea?... Poco á poco, caballero, me he casado por la Iglesia. (Sin dejar de afeitarse á pesar de estar hablando acaloradamente.) ¡No exageres... y silencio!

(Á D. Melitón.) Yo soy un hombre de bien, decente, formal y serio, y tenga usted entendido que lo mismo que me afeito solo, le hago la barba al que me falte al respeto. Perfectamente; ¿y qué quiere usted decirme con eso? Que soy un hombre.

D. MELITÓN. Y yo otro.

NICOLÁS. (Tratando de contenerle.) ¡No te pierdas!

D. MELITÓN. No me pierdo.

VENANCIA. ¿Crees que voy á enredarme á palos con un portero?

D.² PURA. ¡No, no manches tu apellido!

VENANCIA. (Á su marido, que se prepara á arremeter navaja en mano contra D. Melitón.) Ni tú te manches los dedos, que tienes un cargo público y debes de dar ejemplo. (Cogiendo del brazo á D. Melitón.) Vámonos á buscar casa; yo aquí esta noche no duermo. Ni yo... ¡Insolentes!

D.² PURA. ¡Gentuzal!

D. MELITÓN. ¡Los insolentes son ellos!

D.² PURA. (Vanse acaloradamente.)

Escena IV

VENANCIA Y NICOLÁS.

NICOLÁS. Tú tratas á los vecinos con demasiado respeto. Por esa razón abusan...

VENANCIA. ¿Y qué quieres? es mi genio. Yo soy toda mansedumbre y humildad... jamás me atrevo, como sabes, á mover de una parte el pie derecho sin pensarlo mucho y sin pedir permiso al izquierdo. (Que no deja de afeitarse en toda la escena.) Pues no andes con etiquetas y mueve los dos á un tiempo... Y no hay persona en el mundo de tan sanos sentimientos...

NICOLÁS. ¡Verdad!

VENANCIA. (De pronto.) Por si se me olvida, acuérdate de que tengo que romperle el alma al niño de las del cuarto tercero, y á la chica del segundo que retorcerle el pescuezo, y echarle la escandalosa al señor del entresuelo. Hoy estás muy ocupada. Á estos inquilinos quiero enseñarles buenos modos. Haces bien... y duro en ellos. Se creen que son los amos de la finca.

NICOLÁS. Eso está bueno: en toda casa decente los amos son los porteros. Acábate de afeitarte, que va á pasarse el almuerzo. ¿Te falta mucho?

VENANCIA. La mosca.

NICOLÁS. Pues quitatela de en medio, que para mosca, ¡bastante tenemos con el casero!

VENANCIA. (Entrarse en el cubitil y concluye el primer cuadro. El segundo el año próximo y así sucesivamente.)

Tomás Luceño.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Ídem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PENINSULAR. 4. primer derecha.

MADRID.—Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.º